

El Embajador SMITH: Servidor del Déspota

DEL despacho del embajador de los Estados Unidos, Earl E. T. Smith, tras un sonado portazo, salió un hombre fuerte, de paso firme y aire profesoral. Traía el rostro enrojecido por la ira, tan molesto, que aparentaba estar sordo a las excusas del diplomático que le seguía: el incidente no podía disiparse con sólo unas palabras armónicas.

Pocos conocían al colérico visi-

Paradójicamente sirvió más al Kremlin que a Washington provocando el resentimiento popular.— Sus incidentes con Homer Bigart y Jules Dubois.— Verdad y mentira de su declaración en Santiago de Cuba.— De espaldas al drama de Cuba.— La operación de la Moe Bay Mining.— Peor que Arthur Gardner.— Fiesta para el Embajador en día de luto para Cuba.— Como apoyó la farsa electoral de la dictadura.— Su participación en el golpe militar del General Cantillo.— Demandará la colonia norteamericana que se vaya de Cuba.

tante en el ámbito refrigerado del quinto piso, pero pronto su nombre pasó de boca en boca:

—Homer Bigart, de "The New York Times".

Minutos más tarde, la incidencia de la sede diplomática norteamericana trascendía sus muros y se convertía en temática de sobremesa entre vasos de high-ball, en el Hotel Nacional. El propio Bigart lo relataba a sus colegas venidos de Norteamérica a cubrir las querellas cubanas:

—Fui a ver al Embajador para agradecerle sus gestiones cuando conocí mi súbita ausencia de La Habana para ir a la Sierra Maestra.

Nuevamente la cara redonda del veterano corresponsal, laureado con dos premios Pulitzer, volvió a tornarse roja al contar su diálogo con Smith:

—¿Cómo es posible —preguntó el Embajador— que usted se haya ido a la Sierra Maestra a hablar con esos comunistas?

—Esas gentes no son comunistas, Embajador.

—Vamos, no me diga eso... Fidel Castro es un comunista, con una pequeña banda de criminales que se dedican a matar y a robar en las montañas de Oriente.

Tras repetir el diálogo, Bigart, con su mechón rubio en la frente, paseó su mirada por sobre el rostro de sus colegas como para arrancarles una palabra de condenación: y no tardaron en sucederse las expresiones duras.

Indignado aún, Bigart escribía el domingo, 23 de marzo, en "The New York Times".

"De continuarse la presente política norteamericana con respecto a Cuba, los Estados Unidos se quedarán con un solo amigo: el dictador Fulgencio Batista."

¡Bien decía Bigart!

Smith, convertido en importante sostén para el déspota, hacía más por entibiar las relaciones cubanas con los Estados Unidos, que toda la propaganda roja que su buen amigo Batista permitía circular libremente por los correos de la República: paradójicamente, se convirtió en agente del Kremlin, en eso de fomentar resentimientos contra Norteamérica.

Llegado en momento crítico en la lucha contra la tiranía, se pensó

Riéndose siempre a mandíbula batiendo del drama de Cuba, el Embajador Earl E. T. Smith prestó valiosos servicios a la dictadura desfigurando las realidades de la tragedia para desorientar al Departamento de Estado. Smith reía y festejaba, mientras Cuba entera se ahogaba en sangre y en horror. Ahora que estamos en horas de victoria, que se vaya y no vuelva más.



que su presencia significaría la vigencia de la pregonada "política de neutralidad": los cubanos sólo querían que se terminaran los espaldarazos de Arthur Gardner al dictador, que no se mandaran más armamentos para asesinar a la población indefensa y que se dejara en sus manos decidir sus propios destinos.

La incidencia de Santiago de Cuba, el 30 de julio de 1957, hizo abrigar esperanzas en que Smith comprendía el drama cubano. El Dictador encolerizado y temeroso, con la huelga de agosto en progreso, ordenó un barraje de palabras contra el recién llegado diplomático:

Vasconcelos habló del "procónsul imperialista".

Masferrer, recordando el lenguaje comunista, lo insultó en un editorial, bajo el título de "Smith Go Home!", publicado con la aprobación de la censura de prensa.

Smith en Santiago de Cuba, horrorizado por la brutalidad policíaca frente a las bravas mujeres orientales, no tuvo a menos producir su sonada declaración que conmovió al tirano:

—Me repugna todo exceso de violencia policíaca.

La verdad del episodio no se había publicado hasta hoy:

Smith por sí mismo, no produjo declaración alguna; se limitó a leer lo escrito por dos inteligentes funcionarios de la Embajada de los Estados Unidos en La Habana, John Topping y Dick Cushing, que utilizaron como papel un sobre de carta.

Superado el paro de agosto y amortiguada la vocinglería de la prensa gobiernista, el dictador se entregó a lograr la amistad del diplomático: quería pagar su favor a buen precio.

Frente a los informes de sus técnicos económicos, Batista ordenó se dictaran las exenciones tributarias a la Moa Bay Mining Company para contentar al Embajador: sabía bien de su amistad con John Hay Whitney, ex-presidente de la Freeport Sulphur y tesorero de la campaña presidencial de Eisenhower, a quien debía su puesto en La Habana.

—Es una enormidad lo que Batista está haciendo —decía a sus íntimos el aprovechado Gustavo Gutiérrez, redactor de un documento contra las pretensiones de la Moa Bay Mining Company.

El 13 de agosto, el periódico "Información", publicaba una nota referente a una visita del embajador Smith a la Cancillería a interesarse por el negociación de la Freeport Sulphur. Tres días más tarde, aparecía con el tirano en todos los periódicos habaneros, brindando con champagne por el éxito de la negociación, a la par que se suscribía el decreto presidencial.

A partir de ese instante, Smith dejó de ser representante de los Estados Unidos en Cuba, para convertirse en agente del déspota en Norteamérica. Más que orientar, confundió a la Cancillería en su estrategia diplomática: el Embajador hablaba en Washington en lenguaje de los partes oficiales y repetía como ciertas las patrañas de la dictadura.

Washington permanecía en un dilema en octubre de 1957, sin política a seguir frente a la prolongada revuelta: el conflicto cubano tomaba proyecciones internacionales y por días la presión de la opinión pública contra Batista aumentaba en los Estados Unidos; por otra parte, Fidel Castro no les inspiraba demasiada confianza.

—Es una lucha entre dos impotencias —decía entonces un diplomático encargado de los asuntos latinoamericanos—, pero de todas maneras, es interesante conocer el programa de Castro. ¿Qué pasará en Cuba si Batista se cae violentamente?

Frente a la indecisión del Departamento de Estado y las amenazas de destruir la zafra azucarera, el embajador Smith prestó un nuevo servicio a la dictadura:

El 13 de diciembre, con el play boy Burke Hedge, un norteamericano cubanizado para eludir los impuestos federales a c o r d e con "Time", se reunieron en torno a su mesa, el embajador Smith, el tirano Batista y su elegido Andrés Rivero Agüero. De sobremesa, Batista hizo este compromiso con el diplomático:

—Voy a ordenar se suspendan nuevamente las garantías constitucionales cuando expiren, pasado mañana, para garantizar el comienzo de la zafra, amenazada por los rebeldes. Después, en febrero, vamos a la política y ustedes verán que todo eso de la Sierra Maestra se desbarata: voy a celebrar elecciones libres para entregarle el poder al que gane.

Forzado por el Departamento de Estado a tomarle la palabra a Batista, el embajador Smith dijo en Washington, el 20 de enero de 1958:

—Espero que el Presidente haga bueno su ofrecimiento restableciendo las garantías constitucionales y la libertad de prensa.

Todo marchó de mal en peor para la tiranía y su vocero norteamericano, a tal punto que para frenar el entonces posible embargo de armas, se nombró primer ministro a Emilio Núñez Portuondo: todo una estrategia combinada por la dictadura para forzar las gestiones de Smith.

La situación entró en crisis el 12 de marzo: el tirano hizo trizas todos los disfraces legalistas imponiéndose la mordaza a la prensa y llevándose el terror a la calle.

Jules Dubois, el valeroso cruzado de la libertad de la prensa, denunció el 21 de marzo en "The Chicago Tribune", los manejos de Smith:

—Smith está resultando peor que Gardner para los legítimos intereses políticos de los Estados Unidos.

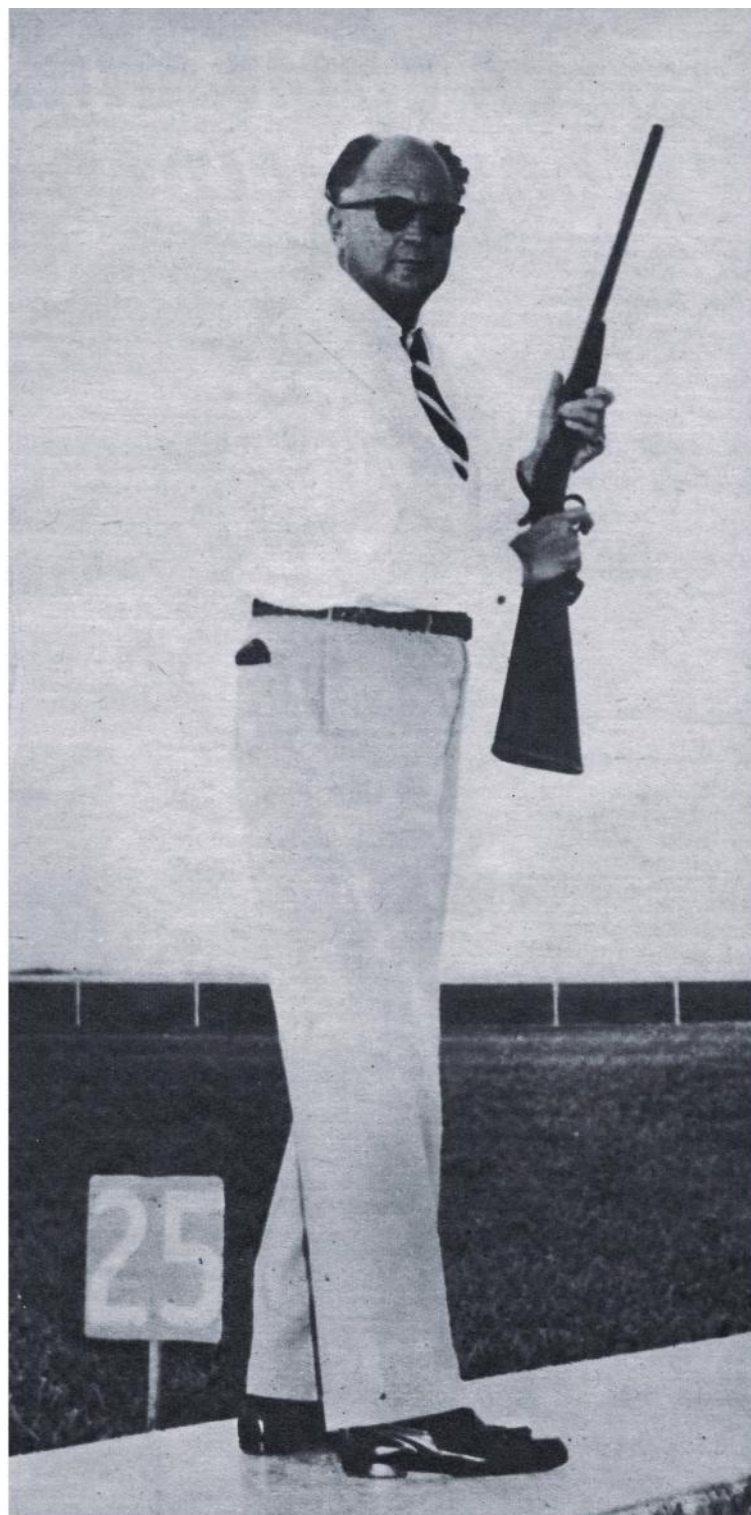
El embajador Smith, colérico, furioso y hasta grosero, ordenó a su personal que se diera "un trato frío a Dubois" y que se prohibiera a los periodistas ir a buscar informaciones al quinto piso del edificio.

La situación con los reporteros se hizo tan tirante, que un prominente diplomático admitió:

—Nosotros los hombres de carrera estamos en difícil situación con este hombre, pues quiere actuar solo y cualquier disputa con él, nos puede arruinar nuestro futuro.

Comprometido con la tiranía, a quien quería salvar de todas maneras, Smith se prestó para la fabricación de las patrañas policíacas contra el Movimiento 26 de Julio. A principios de abril, aprovechando la presencia de corresponsales norteamericanos, ordenó a su Agregado de Prensa convocara a los periodistas para una noticia importante en Luyanó: una supuesta ocupación de materiales de propaganda que demostraban las vinculaciones del M-26-7 con el Partido Comunista.

—Lo más grave —comentó un periodista— es que con Ventura permaneció toda la noche el Agregado de Prensa norteamericano en la exhibición de hojas sueltas



Escopeta en mano en el campo de tiro, el Embajador Smith se cansó en dieciocho meses en Cuba de desbaratar las buenas relaciones con los Estados Unidos, creando odios donde había amistad y resentimiento donde había armonía tradicional. Para la democracia norteamericana, Smith es un bochorno que desde de las tradiciones democráticas de la gran Unión Americana

amarillentas. Y todo eso se hizo por orden de Smith.

Temeroso tanto como la tiranía de las campañas periodísticas en los Estados Unidos y con aparente desconocimiento de las realidades del minuto, el embajador Smith invitó, la tarde del 9 de abril, a los corresponsales norteamericanos a un cocktail en su casa del Country Club con unos hombres de negocios. Tema principal: las bondades del régimen de Batista para los inversionistas.

El camarógrafo Hoffman de CBS, de los tres periodistas únicos que asistieron al acto en momentos en

que había decenas de muertos en las calles habaneras contó más tarde:

—Salí apenado de esa gente y como norteamericano, abochornado de nuestro Embajador en Cuba.

Nunca antes el Embajador de los Estados Unidos inspiró tanto resentimiento popular. "Caña brava", —por alto y hueco por dentro— como lo definió el hombre de la calle, se convirtió en personaje grotesco y en el peor representante de Norteamérica: jamás los Estados Unidos tuvieron un Embajador más despreciado en Cuba.

(Termina en la Página 128)